

—Una pantomima, ¿eh? Podemos hacerla tan grande y significativa como queramos, y gastar en ella todas nuestras riquezas de bestias feroces.

—Como gustes.

—Considera también qué campo ofrece una pantomima á la ciencia mitológica. ¿Por qué no representar el triunfo de alguna divinidad? Ese sería el mejor medio de manifestar abiertamente mi entusiasmo en servicio de los dioses. Ahora veamos cuál elegiremos.

—Palas... á menos que, como supongo, no sea demasiado modesta y sóbria para los alejandrinos.

—Si... no me parece que sería apreciada... de modo alguno actualmente. ¿Por qué no Afrodita? Así los cristianos como los paganos, la comprenderán; y en cuanto á Palas, no conozco á nadie que no degradase á la vírgen diosa representándola, excepto cierta dama, que ha consentido ya, lo espero, en sentarse con ese carácter junto á su esclavo.

Hipatia se estremeció, y Orestes lo juzgó todo ya por concedido... y exigió su promesa condicional, sino otra cosa. ¿Había alguna escapatoria? Hipatia de-

seó en aquel momento huir y precipitarse en las calles, en el desierto... donde quiera, con tal de romper la red en que ella misma se había envuelto. Y sin embargo, ¿no era aquella la causa de los dioses, el único objeto de su vida? Y en último resultado, si él, odioso y todo, iba á ser emperador, ella á lo menos sería emperatriz, y haría lo que le agradase; y parte por ironía, parte por ver de lanzarse á la fuerza á un camino que sabía que tenía que recorrer, y olvidar la miseria en medio de la actividad, contestó lo mas alegremente que le fué posible.

—¡Diosa mia, debes, pues, aguardar hasta que seas del agrado de ese vulgo! A lo menos el jóven Apolo poseerá encantos para esa gente.

—Sí; pero ¿quién ha de representarle? Esta miserable generacion no produce figuras como Pílates y Batilo... excepto entre los godos. Además, Apolo debe tener el cabello rubio; y nuestra raza griega se ha mezclado tan vergonzosamente con estos egipcios, que nuestros actores son tan morenos como Andrómeda, y habríamos de apelar de nuevo á esos malditos godos, que po-

seen casi toda la hermosura, casi todo el dinero y el poder, y que se me figura poseerán el resto antes de que yo logre asegurarme en este perverso mundo porque poseen, no casi, sino enteramente todo el valor. Ahora bien... ¿suplicarémos á un godo que haga el papel de Apolo?

Hipatia se sonrió á pesar suyo.

—¿Seria demasiada vergüenza! Renuncio al mismo Dios de la luz, si he de verle representado por un bárbaro.

—Entonces, ¿por qué no decidirnos por mi despreciada Afrodita? Supongamos un triunfo, que concluya con un baile de Venus Anadiómene. Es un mito bastante gracioso.

—Como mito, concedo; ¿pero en el teatro?

—No será peor espectáculo que los que esta ciudad cristiana ha estado contemplando por muchos años. No correrémos riesgo de corromper la moralidad; puedes estar segura de ello.

Hipatia se sonrojó.

—En ese caso, no cuentes con mi ayuda.

—¿Y con tu presencia en el espectáculo? Este es un punto necesario. Tú

eres una persona demasiado grande, mi querida amiga, á los ojos de esa buena gente, para no encontrarte allí en tal ocasion. Si mi estratajema sale bien, será debido casi al hecho de saber el pueblo que coronándome á mí corona á Hipatia.... Veamos.... ¿no conoces que necesitando tú asistir á ese inocente espectáculo mitológico, tomado de las historias auténticas de esos dioses, cuyo culto tratamos de restablecer, harás mejor en adherirte á él alegremente y en prestarme tu sabiduría para arreglarlo? Figúrate un triunfo de Afrodita, entrando precedida de fieras encadenadas que conducen Cupidos, con el elefante blanco y todo... ¿qué campo para el arte plástico! Habrá mil grupos, dispersiones, nuevos grupos, en un estilo tan perfecto de bajo relieve como los de un drama de Sófocles. Permíteme que tome este papel y pluma...

Y empezó á bosquejar rápidamente un grupo tras de otro.

—No son tan feos, ¿es verdad?

—Son bastante lindos, lo confieso, dijo la pobre Hipatia.

—¿Ah, mi amada emperatriz! á veces te olvidas de que tambien yo, aunque

contaminado por el mundo, soy griego, y como tal estoy dotado de un amor tan intenso á lo bello como tú misma. Cree que cualquier violacion del gusto correcto me atormenta como á tí. Algundia espero que comprenderás y excusarás el miserable compromiso entre lo que debe ser y lo que puede ser, con que tenemos que luchar los hombres de Estado.... Mira ahora estos faunos y driadas en medio de los matorrales, que se paran asombrados al primer golpe de música que proclama la salida de la diosa de su templo....

—¿De su templo? ¿En dónde será, pues, la representacion?

—En el teatro. ¿En qué otro punto ha de ejecutarse la pantomima?

—Pero ¿tendrán tiempo los espectadores para ir desde el anfiteatro á...

—¿Desde el anfiteatro? Exhibiremos tambien á los libios en el teatro.

—¿Combates en el teatro consagrado á Dionusos?

—Mi querida amiga, conozco que es una ofensa contra todas las leyes del drama....

—¡Peor que eso! ¡Es una impiedad

hacia el dios, manchar su altar con sangre!

—Hermosa devota, recuerda que muy bien puedo yo pedir prestado á Dionusos su altar en este caso extremo; pues que no existiera si no me hubiese opuesto á que los magistrados, segun la bárbara costumbre de los romanos, llenasen toda la orquesta con bancos para los patricios. Además, ¿qué es lo que no se ha representado en todos los teatros del imperio, en los últimos cuatrocientos años? Hemos tenido saltimbanquis, mágicos, alegorias, martirios, casamientos, elefantes bailando en la cuerda tirante, caballos y hasta asnos eruditos; si se ha de creer á Apuleyo de Madura, sin contar con otros muchos espectáculos que no debo nombrar en presencia de una vestal. Es una época de execrable gusto, y hemos de obrar en tal concepto.

—¡Ah! respondió Hipatia; ¡el primer paso en la degradacion del drama se dió cuando los sucesores de Alejandro se atrevieron á profanar lugares que habian resonado con los coros de Sófoeles y Eurípides, convirtiendo el altar de Dionusos en un teatro para pantomimas!

—Que tu puro entendimiento debe, sin duda, considerar no muy preferibles á un pequeño combate. Pero al cabo, los Tolomeos no podian obrar de otra manera. Unicamente es dado tener dramas por el estilo de los de Sófoeles en una época semejante á la de aquel trágico, y la de los Tolomeos no era mejor que la nuestra. Así el drama murió de su muerte natural; y cuando esto acontece á un hombre ó á una cosa, en tu mano está llorar su desgracia, si quieres, mas es fuerza sepultarla y poner otra en su lugar. . . . exceptuando el culto de los dioses.

—Me alegro de que á lo menos exceptúes eso, dijo Hipatia con alguna amargura. Pero ¿por qué no servirse del anfiteatro para ambos espectáculos?

—¿Es acaso posible? Estoy ya cargado de deudas; y el anfiteatro está ruinoso, gracias al fanático edicto de Honorio contra los gladiadores. No hay tiempo ni dinero para repararlo; y además, ¿qué miserables parecerian cien combatientes en una arena capaz de contener dos mil! ¡Considera, mi querida amiga, en que degenerados tiempos vivimos!

—¿Lo considero, si dijo Hipatia. Pero no veré el altar manchado con sangre. La profanacion que ya ha sufrido es lo que ha hecho quo el dios retirase la inspiracion poética.

—No lo dudo. Alguna maldicion del cielo ha caido ciertamente sobre nuestros poetas, á juzgar por lo malos que son. Sin embargo, la santidad del altar se conservará, reduciendo el combate á los límites del escenario. Y en cuanto á la pantomima, si aprobases mi idea del triunfo de Afrodita, es difícil que Dionusos negase su altar para la glorificacion de su amada.

—¡Ah! ese mito es moderno é innoble, en mi opinion.

—Sea así; pero no olvides que otro mito la supone, y no sin razon, madre de todos los vivientes. Puedes estar segura de que ni Dionusos ni ningun otro dios se opondrá á que ella haga sentir á sus hijos su inmenso poder; pues todos saben que si conseguimos que se la adore aquí, el olimpo entero será adorado á su vez.

—Eso se ha dicho de la celestial Afrodita, cuyo símbolo es la tortuga,

emblema de la modestia y castidad domésticas, y no de esa haja Pandémica.

—¡Entonces cuidaremos de que el pueblo sepa á cuál de ellas admira, exhibiendo en el triunfo legiones de tortugas; y tú misma escribirás el canto mientras yo busco coristas á propósito; no limitándome á la doble flauta y un par de chicos, sino presentando un ejército de cíclopes y de gracias, con tales trinos y tales voces de bajo!... ¡Atronarán los oídos de Cirilo en su palacio!

—¿El canto? ¡Noble oficio para mí, en verdad! Esa es aquella parte del absurdo espectáculo con que, según acostumbres decir, no habia soñado el público. Todo lo que merece determinarse, veo lo has determinado por tí antes de dignarte consultarlo conmigo.

—¿He dicho eso? Es equivocacion tuya. Pero mientras que el canto de un poetrasto mercenario pasaria sin llamar la atencion, ¿qué triunfo no seria el de la elocuencia y la ciencia de Hipatia, brillando con la triple inspiracion de Palas, Febo y Dionusos? Y en cuanto á haberlo arreglado de antemano.... adorable amiga, ¿qué cumplimiento mas delicado hubiera podido hacerte?

—No me es posible decir que lo tengo por tal.

—¿Cómo! Despues de ahorrarte todo el trabajo que ha dependido de mí, despues de atormentar mi sobrecargado ingenio en busca de efectos y propiedades escénicas, ¿no he traído á tus piés los caros engendros de mi cabeza, sujetándolos sin restricciones á la sentencia de vida ó de muerte que pronuncie tu elevado y sin igual criticismo?

Hipatia se sintió cogida en la red; pero ahora no habia escapatoria.

—¿Y quién es, dime, la que va á deshonorarse y á deshonrarme, representando á Venus Anadiómene?

—¡Ah! ¡Ese es el mas exquisito artículo de mi lista de manjares! ¿Qué dirás cuando sepas que los dioses bondadosos me han favorecido y hecho que obtaviese la promesa de.... de quién te figuras?

—¿Qué me importa? ¿Cómo he de adivinar? dijo Hipatia, que receleba quién fuese y temia oirlo.

—Pelagia.

Hipatia se levantó irritada.

—¡Esto es ya demasiado! ¡No te bastaba, á lo que parece, exigir, ó mas bien

considerar como otorgada, tan imperiosamente y sin compasion, una promesa condicional.... débilmente hecha, con la vana esperanza de que me ayudarias á realizar deseos de que no has cuidado en muchos meses, y con los que no creo simpatices ahora!.... ¡No te bastaba declararte ayer públicamente cristiano, y venir esta mañana á venderme la lisonja de que te atreverás, de aquí á diez dias, á restablecer el culto de los dioses que has abjurado!.... ¡No te bastaba trazar sin mí todos esos planes en que me habias dicho seria tu consejera.... condicion que tú mismo pusiste!.... ¡No te bastaba mandarme sentar en ese teatro, como tu juguete, tu victima, sonrojándome y estremeciéndome ante espectáculos impropios de los dioses y los hombres.... sino que ademas has querido que yo asistiese al triunfo de una muger que se ha burlado de mi enseñanza, que ha seducido á mis alumnos, que me ha insultado en mi salon de lecciones!.... ¡De una muger que, durante cuatro años ha contribuido mas que Cirilo á destruir toda la virtud y verdad que he procurado... inútilmente... sembrar! ¡Oh, dioses amados! ¿cuándo aca-

barán los tormentos con que vuestra mártir necesita probar vuestra santa causa á una raza degenerada!

Y á pesar de su orgullo y de la presuncion de Orestes, los ojos de Hipatia se llenaron de lágrimas.

Los de Orestes se habian bajado ante la vehemencia de su justo resentimiento; pero al oirle proferir la última sentencia en tono mas suave y triste, los levantó de nuevo con una mirada de disgusto y de súplica, mientras que para sí decia: “¡Está loca!.... ¡es una fanática! ¡pero tan bella! Me conviene que sea mia á toda costa.”

—¡Ah! exclamó, ¡querida y noble Hipatia! ¿qué he hecho? ¡He cometido una gran necedad! ¡Con el deseo de ahorrarte trabajo, con la esperanza de mostrarte en lo oportuno de mis planes, que mi práctica como hombre de Estado no era del todo indigna de tu alta sabiduría... ¡Miserable de mí! ¡te he ofendido y arruinado la causa de esos mismos dioses, por lo cuales, lo juro, estoy pronto á sacrificarme tanto como tú!

La última frase produjo el efecto apetecido.

—¿Arruinado la causa de los dioses? preguntó Hipatia con asombro.

—¿No es una ruina el carecer de tu auxilio? Tus palabras... ¡qué desgraciado soy!... ¿no significan que nos dejas, á mí y á ellos, en adelante entregados á nuestra sola fuerza?

—La sola fuerza de los dioses es omnipotente.

—Concedo. Pero.... ¿por qué Cirilo, y no Hipatia, es hoy dueño de las masas en Alejandria? Porque él y los suyos han combatido, padecido, y muchos centenares de ellos hasta muerto por su Dios, no obstante juzgarle omnipotente. ¿Por qué están olvidados los antiguos dioses, mi hermosísima lógica?... Pues no cabe duda de que olvidados están.

Hipatia temblaba de piés á cabeza, y Orestes prosiguió con mas blandura que nunca:

—No te exigiré una respuesta á mi anterior pregunta. Solo te pido perdón.... de.... no sé de qué; pero he pecado y me basta. ¿Qué culpa tengo yo de haber sido demasiado confiado, de haber caminado con demasiada prisa? ¿No eres tú el precio á que aspiro? y el valor de la corona del vencedor?

¿no escusará alguna impaciencia por obtenerla? Hipatia ha olvidado la mision que tiene de los dioses, y ni aun ha consultado su espejo, al censurar á uno de sus innumerables adoradores por una precipitacion que debiera mas bien imputársele como virtud.

Y Orestes la miró con tanta dulzura y adoracion, que Hipatia se sonrojó y apartó el rostro.... Al fin era muger.... fanática.... é iba á ser emperatriz.... ¡Ademas, la voz de Orestes era tan melodiosa y sus maneras tan agradables!...

—¿Pero Pelagia! dijo por último con firmeza, reponiéndose.

—¡Ojalá no la hubiera visto nunca! Mas, á la verdad, yo creia que obrando del modo que lo he hecho, te daria gusto.

—¿A mí?

—Si la venganza es dulce, como aseguran, dificilmente pudiera haber otra mas delicada que la de contribuir á la degradacion de una que....

—¿Venganza? ¿y has podido creerme capaz de una pasion tan baja?

—¿Yo? ¡No lo permita Palas! contestó Orestes, viendo que habia errado de nuevo. Pero no olvides que ese espectáculo, si se verifica, te libraré para

siempre de una molesta... no diré rival.

—¿Y cómo?

—Su reaparicion en la escena despues de sus vanidosas protestas de desprecio hácia el teatro, ¿no la rebajará á los ojos de esta pequeña ciudad, á su verdadero y primitivo nivel? En adelante se guardará bien de darse importancia y aparecer como la compañera de un héroe descendiente de los dioses, ni de presentarse, sin ser llamada, ante Hipatia, cual si fuese la hija de un cónsul.

—Pero no puedo... no puedo consentir en eso, ni aun tratándose de ella. Orestes, al fin es una muger. Y siendo, como soy, filósofa, ¿he de contribuir á degradarla mas de lo que está ya?

Hipatia iba á decir "una muger como yo;" pero la filosofía neo-platónica la habia enseñado mejor, y se contuvo antes de aseverar nada que indicase comunidad de sexo ni de naturaleza entre dos séres tan antípodas.

—¡Ah! repuso Orestes, ¡esa malhadada palabra degradar! ¿cómo puedes olvidar al pronunciarla que Pelagia, por oír de nuevo los aplausos de esos "queridos macedonios," á cuya costa ha

vivido años enteros, no se degradará á sus ojos ni á los de nadie, que un pavo real cuando despliega su cola? La ilimitada vanidad y la presuncion, no son pasiones desagradables para la que es víctima de ellas. Por último, ella es lo que es, y tú no tienes la culpa de sus vicios.

—¡Pobre Hipatia! El sebo era demasiado delicado, el tentador demasiado astuto, y sin embargo, se avergonzó de expresar en voz alta el dogma filosófico que esparció un rayo de consuelo y resignacion al través de su alma, recordándole que, en último resultado, no habia daño alguno en permitir á las naturalezas inferiores desarrollarse libremente en la direccion que les está señalada, y que es la única en que pueden cumplir las leyes de su sér, como variedades necesarias en el universo. Así, puso término á la entrevista con las siguientes palabras:

—Si es preciso, entonces... me retiraré y escribiré la oda. Lo único que exijo es no tener comunicacion de ninguna especie con... Vergüenza me da pronunciar su nombre. Te enviaré la oda, y ella adaptará su baile al metro

como mejor pueda. No he de acomodar-me á su gusto, ó mas bien á su capricho.

—Y yo, dijo Orestes con una profusion de gracias, me retiro á dar tormento á mis facultades en cuanto á las disposiciones. Ese dia exhibimos y vencemos. ¡Adios, reina de la sabiduria! Nunca tu filosofia muestra mejor su ventaja que cuando subordinas de este modo lo que es bello en si mismo á lo que lo es relativa y prácticamente.

Diciendo esto, se despidió: é Hipatia, temerosa de sus propios pensamientos, se sentó á trabajar en la oda. Era, á la verdad, un asunto magnífico. ¡Qué etimologías, cosmogonías, alegorías, mitos, simbolismos entre los cielos y la tierra no podria introducir... si le fuera dado desterrar la figura de Pelagia bailando, la cual, en vez de desaparecer del cuadro, se mecía como un espectro en el fondo de todas sus ideas! Se irritó, primero con Pelagia, y despues consigo misma, por ser débil hasta el punto de pensar en ella. ¿No era una corrupcion positiva de su alma el verse asediada por la imágen de un sér tan corrompido? Purificaría sus pensamientos con la oracion y la meditacion. Pero ¿á

cuál de los dioses se dirigiria? ¿A Palas, su divinidad favorita? ¿Ella, que habia prometido asistir á aquel espectáculo? ¡Oh! ¡cuán débil habia sido en ceder! Y sin embargo, se le habia tendido una red, no cabia duda, por el hombre que ella se figuraba poder guiar y amoldar á sus proyectos. Al contrario, él la habia guiado y amoldado á los suyos, á pesar de su modestia, de su compasion, de su sentimiento innato de justicia. Estaba reducida ahora á ser su instrumento. Es verdad que si se habia sometido era por llevar á cabo una grande idea; pero ¿y si aquella sumision hubiese de repetirse en lo porvenir? Lo que mas la atormentaba era la conviccion de que Orestes tenia razon; de que él sabia lo que debia hacer, y el modo de hacerlo. No podia menos de admirar su habilidad, su viveza, su claro conocimiento práctico; y con todo, desconfiaba de él, le despreciaba, hasta le aborrecia. Pero ¿y si las cualidades de aquel hombre eran las destinadas á triunfar? Y ¿si sus aspiraciones mas puras y elevadas, sus resoluciones... ¡ay! ya rotas... de no obrar sino en virtud de los mas santos principios y por los medios mas sa-

grados, no debían ponerse nunca en práctica, no siendo con miserables estratajemas y zalamerías como estas? ¿Y si la astucia y la corrupcion, y no la filosofía ni la religion, fueran las destinadas á regir al género humano? ¡Horrible pensamiento! Y no obstante... ella, que toda su vida habia tratado de ser independiente, de no ceder á las circunstancias ni á la costumbre, de combatir sola contra el cristianismo y una época degradada... ¿cómo en la primera ocasion importante y crítica de obrar que se le habia presentado, habia permanecido muda, irresoluta, pasiva, víctima, en fin, de la misma corrupcion que deseaba exterminar? No conocia que los que no poseen otros medios para regenerar un siglo corrompido mas que pedanterías dogmáticas concernientes á un pasado muerto para siempre, tienen que concluir en la práctica pidiendo prestadas con doblez, y usando torpemente las mismas armas de la moderna edad que combaten, y remendando vestidos viejos con telas nuevas, hasta que los rasgones sean patentes é incurables. Pero entretanto, estas meditaciones desterraron del entendimiento

de Hipatia aquel dia á Palas, la oda, la filosofía, todo... hasta Pelagia la impúdica.

CAPITULO XXI

SINESIO.

EN un pequeño y mal amueblado cuarto alto de una casa de campo, estaba sentado Sinesio, obispo de Cirene.

A su lado sobre una mesa, se veia una copa de vino, hasta entonces intacta. Lenta y tristemente á la luz de una opaca lámpara, escribia un verso ó dos, y luego se tapaba el rostro con las manos, mientras que caian ardientes lágrimas por entre sus dedos sobre el papel, hasta que entró una criada y anunció á Rafael Aben-Ezra.

Sinesio se levantó con un gesto de sorpresa y corrió á la puerta.

—No, dile que venga. Atravesar esta noche esas habitaciones desiertas, es mas de lo que puedo sufrir.

Y aguardó á su huésped á la puerta. Cuando entró le cogió las manos entre